

# Reflexión en dos tiempos sobre la sociedad civil, la historia y la historiografía

**Graciela Soriano de García Pelayo**  
**(En el centenario del nacimiento de D. Augusto Mijares)**

*Graciela Soriano de García Pelayo* es Licenciada en Historia, con Doctorado en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela. Ha sido profesora en las Escuelas de Historia, de Filosofía y de Estudios Políticos de la misma Universidad, en el Centro de Estudios Constitucionales de Madrid y en la Maestría en Historia de la Universidad Católica Andrés Bello. Actualmente es Jefe de la Cátedra de Historia en la Escuela de Estudios Políticos y profesor titular de la Universidad Central de Venezuela. Coordina un seminario permanente dedicado al estudio de los Personalismos Políticos hispanoamericanos del siglo XIX en el Doctorado de Ciencias Políticas de La UCV. Autora de: *La praxis política del absolutismo en el Testamento Político de Reichelieu; Venezuela 1810-1830, Aspectos desentendidos de dos décadas; Hispanoamérica: historia, desarrollo discrónico e historia política; El personalismo político hispanoamericano del siglo XIX; aproximación histórica a "lo público" y "lo privado" en: Lo público y lo privado*. Es Presidenta de la fundación Manuel García Pelayo.

Encontrarme hoy discutiendo sobre la obra de Augusto Mijares que reivindica en 1938 (Mijares, 1952. 16) para la historia y el que hacer de Venezuela las naciones de civilismo y sociedad civil, cuando acabo de enviar a la imprenta un trabajo en el que expresa que "es posible silenciosa y quedamente en actitud y gesto pusilánime de la salvación de *status* y de bienes en una sociedad siempre incivil", pensando que la debilidad o carencia de suficiente civilidad es lo que "obliga a recorrer el camino una y otra vez tras distintas versiones del orden en situación constante de histórica

ansiedad" (Soriano, 1997) es contradictorio. O más bien paradójico. En todo caso, merecedor de unas palabras que me ayuden a explicar, y a explicarme esta aparente inconsecuencia.

En primer lugar, preguntándome por qué, aún suscribiendo que en la historia de Venezuela ha sido constante la presencia de una "sociedad siempre incivil", he aceptado la invitación de Silvia Mijares de Lauría para participar en este homenaje. He aceptado, en virtud de varias razones que trataré de exponer suscintamente –no dispongo de mucho tiempo para

hacerlo, por otra parte– y a través de las cuales se podrá comprender que la incoherencia es sólo eso, aparente.

En primer lugar, la obra de Augusto Mijares tiene, desde el doble punto de vista de la historia-sucedido (es decir, de la historia entendida como la que pasa, al acontecer), y de la historia escrita (la historia entendida como conocimiento o historiografía) una importancia crucial.

Su publicación en 1938, casi enseguida del fallecimiento de Gómez revela la necesidad sentida de expresar por una de sus más respetables cabezas, el optimismo que es capaz de sentir, necesitar o desear una sociedad que, libre de las ataduras del régimen que ha poco ha desaparecido por el fallecimiento del gobernante personalista, se ve en la necesidad de reiniciar su existencia en condiciones de coordinarla y dirigirla, dispuesta a creer en sí misma como protagonista de su porvenir en términos distintos a los de la paz, el orden y el progreso por la obediencia al machete o el fusil. Este es el reclamo de la historia suceder de la *Geschichte*. Por otro lado, la respuesta historiográfica: si ese optimismo de una sociedad aún tímida e insegura de sus actos desea manifestarse: si quiere estar seguro de no debilitarse, de triunfar de los hechos, ha de intentar entender el pasado en términos distintos a los de la historiografía positivista que aparente o ciertamente acabó

justificando los regímenes. Para eso ha de contar con una explicación histórica de lo ocurrido, que le muestre sus potencialidades para asumir el futuro al que adviene, con la confianza que proporciona el saberse confiado y capaz. Saber que se ha sido capaz de tener un pasado digno y distinto a la anarquía y al desorden, y a la necesidad del gendarme.

Por eso *la interpretación pesimista de la Sociología Hispanoamericana* constituye el primer intento de revisionismo de la teoría del caudillismo en nuestro suceder y en nuestra historiografía. Y aquí penetro en la concepción que Augusto Mijares tiene de la historia. Estar bajo el imperio de la visión que los positivistas dieran de los más de cien años transcurridos desde la independencia hasta la cuarta década del siglo que ahora finaliza, tenía que resultar suficientemente agobiante para una personalidad liberal y ordenada, apuesta a la violencia y a la fuerza admiradora de los valores del espíritu y de la cultura occidental y de la mejor *paideia* de su tiempo como la de D. Augusto Mijares. Y decide mostrar cómo la historia de Hispanoamérica en general, y la de Venezuela en particular, no puede conformarse, o más bien resignarse, a recordar únicamente los pasos negros del camino. La historia del Continente, a los ojos de Mijares, viene a sintetizarse y a manifestarse, como a lo largo del

despliegue de dos rutas: una, la del caudillismo y los gobiernos de fuerza que colman las explicaciones de la teoría que Mijares adversa. Otra, la que él decide rescatar porque, por lo demás está tan presente como la otra, sólo que oscura, fuera de la vista, porque la historiografía aún no se ha decidido a iluminarla con todos los candiles que merece y que él se propone encender con culta sencillez en 1938.

Es esta forma, con el bagaje de su labor de archivo, su criterio tranquilo ganado todavía por la concepción evolucionista de la historia –porque adversa a los positivistas en su propio terreno– sencilla y simplemente, sin rebuscarse problemas adicionales de quisquillosa crítica histórica, ni de exageradas pruebas de verosimilitud exigencias del método, va rescatando por la vía del ensayo la vieja nación de sociedad civil, desempolvándola con el auxilio y la mediatez de la autoridad de la frase bolivariana, sin complicar el tema con profundidades teóricas a la moda de nuestro tiempo, en relación con sendas versiones tradicional y liberal del término. Encendiendo las luces de la ruta marginada, quizá más que para conocerla, para, encendiéndola, utilizarla en beneficio del optimismo del presente. Encendiendo las luces, no más. Sin poder detenerse a averiguar si la calzada es transitable, ni si los edificios que la orillan están en buen estado y

son de peor o excelente construcción. Y eso es bastante. Es mucho, demasiado para 1938, tanto más cuando observamos la historia desde 1989 o desde 1993, o como ahora, desde 1997, cuando aún nos debatimos tratando de encontrar una propia versión de sociedad civil en los hechos y en la conceptualización, pero presionados, por factores externos del término en boga que complican mucho más la propia interpretación.

Así D. Augusto Mijares viene a ser el pionero, el adalid del revisionismo positivista que, en 1938 confronta los pesimistas logros de aquella escuela sociológica que iluminó una ruta oscureciendo la otra mostrando, así, que ambas han sido valederas en estas sociedades. Con ello proporciona, frente al fatalismo histórico étnico, geográfico, psicológico que han signado la conciencia histórica de los tiempos anteriores al 38, una versión venezolana de la sociedad civil en la que como Silvia ha mostrado recientemente en un libro con ese mismo título se revela una tradición de regularidad política, de orden legal, de principios morales, de aspiraciones colectivas, de ideales políticos. Sobre todo, de ideas que están en la tradición y se engarzan en la historia en una línea de pensamiento basada en la libertad, en la igualdad, la solidaridad social en el común destino de la patria perfectible por el amor y las virtudes de sus hijos.

En 1938 hacía falta ver las cosas así. En 1938, el país y sus hombres se hallaban en un momento difícil e inseguro de reasunción del camino. Desde el doble punto de vista de la historia suceder y de la historiografía, las cosas eran difíciles. En otras latitudes, la historia a contecer-política estaba en un momento interesante, en vísperas de la guerra mundial. La historia política escrita, es decir, la historiografía política no las tenía todas consigo. Eran tiempos en que la reflexión histórica sobre el campo político de la realidad había ya comenzado a abandonar la vieja forma de aprehender el pasado, e interesaban menos la luchas parlamentarias y las grandes hazañas militares y civiles. Los historiadores mostraban preferencia por los campos sociales y económicos de la realidad, bajo la influencia de las corrientes de pensamiento marxista y, para el caso francés, comenzaba a gestarse la influencia de la escuela de historiadores de los *Annales*, que luego pondrían en boga sus preferencias por lo que en otro tiempo había podido considerarse como *petite histoire*.

En el caso venezolano, no obstante, las cosas estaban yendo por otros derroteros. Al año siguiente en que Mijares publica su interpretación, publica Parra-Pérez su *Historia de la Primera República*. Los títulos de ambos libros, son elocuentes en relación con lo que cada uno de ellos buscaba o intentaba. El libro de

Mijares era, en verdad, una obra ensayista que tenía más de hermenéutica que de historia erudita. El libro de Parra Pérez era una obra propiamente histórica que rescataba para la historia política de Venezuela una coyuntura de la mayor importancia. Más de una vez me he lamentado de que ambas obras hubieran sido abandonadas de la cuenta por estudios históricos posteriores, y de que nuestra reflexión histórica, quizás más inmadura que responsable de no haber continuado el curso de ambos hitos, no hubiera reforzado sanamente el revisionismo que protagoniza Mijares, y la posición historiográfica que representaba Parra-Pérez en aquella Venezuela que aventuraba sus pasos tímidamente hacia la democracia. Persistía, sin embargo, prendida en las mentalidades, que son lo más reciente al cambio que pueda darse en la historia, la visión mítica y heroica del pasado en versiones que no se habían desprendido del todo de la *Vida de Bolívar* (1865) de D. Felipe Larrazábal había configurado en el último tercio del siglo XIX. Una sociedad tímida e insegura, todavía no demasiado consciente de su propia historia en términos que no fueran los de la historia heroica y los del positivismo, no podía aventurar con ánimo seguro su historia escrita, su historiografía, ni por los senderos que indicaba Mijares, ni por el que había abierto Parra Pérez. Era más tentador y fácil seguir instalado en

el mito, y corridos unos años, trepar al mirador marxista para ver el pasado o, muchos años después, pretender ir de la mano francesa a hacer historia social y económica de último grito y óptima calidad, más de una vez, de la mano del viejo manual de Langlois y Seibnobs (1889) en busca de las fuentes.

Por eso cuando intenté la búsqueda de aquel camino en 1977, me encontré a la historia política de Hispanoamérica casi en el mismo lugar en que la habían dejado los positivistas. Dos décadas más tarde, me ha sido posible continuar la marcha y despejar muchas cosas que permiten hacer historia política con más seguridad. Entre otras cosas, con la convicción de que hay que hacerla, y de que hay que hacerla con más gravitación sobre los propios temas, entre los cuales no parece ser de menor peso y continua vigencia el viejo problema al que los positivistas y Mijares, cada uno en su situación histórica y propia perspectiva, habían considerado –con tintes diferentes– en el centro del respectivo interés. A saber, el difícil y endémico problema del personalismo político hispanoamericano.

Desde mi propia perspectiva histórica e historiográfica, he asumido con constancia el caso por muchos años. Percibir los casos de Chapita, Pérez Jiménez, Odría, Rojas Pinilla, de Noriega, de Pinochet, de Fujimori en el curso

de mi propia vida, me obligó en un momento a ir mucho más atrás, y a buscar la explicación del fenómeno y sus características con el mayor afán. Para más de una vez detenerme cavilosa por el temor, al ver que el fenómeno no obedecía a la pura voluntad de gobernantes deseosos de perpetuarse en el poder. Que había razones de muchísimo peso en las propias circunstancias o en la situación de las cosas, para decirlo con términos de Ortega (1966) o de Schmitt (1968).

Temerosa también, al descubrirlas, de no poder defender una causa historiográfica tan seria, sin caer en la “amarga convicción” –en palabras de Elena Plaza (1996)–, que había signado la vida y el prestigio de Vallenilla Lanz; temerosa en una palabra, de ser señalada por suscribir la misma posición. Nunca he sentido tanto como en esta circunstancia, la importancia del ingrediente moral en nuestra historia, el peso que se llega a sentir sobre el deseo de hacer sana historiografía por la propia inseguridad –tácita o expresa– que priva en el acontecer de un Continente, en la *Geschichte* hispanoamericana, cuando se tiene la sospecha de que no se ha conjugado, ni en la realidad ni en las conciencias, el peligro del personalismo político. Cuando los muertos viven como ha dicho Juan Rulfo (1983).

Ya esos temores no los siento. No pueden tener lugar. Luego diré con más calma por qué. Ahora recuerdo, en relación

con nuestro tema –la tesis de Mijares–, que ha vuelto a hablarse de la sociedad civil. Pero por otras y las mismas razones que no serán extrañas a la publicación por Silvia Mijares (1996) de su propio libro la sociedad civil. Las circunstancias son distintas en 1938 y en 1977. El afán actual por la sociedad civil tiene mucho de propia necesidad moral. Pero también tiene mucho de moda, de incidencia de factores externos en nuestro acontecer, coincidentes –y hay que recordar que cuando coinciden con las autóctonas tienen éxito estas influencias foráneas; por eso hay que tratar de controlar bien los efectos perversos– coincidentes, repito, con situaciones y sentimientos internos que tienen que ver con la desilusión política, con el descrédito del militarismo, con la debilidad de lo público, en el equivocado y corrupto quehacer de los políticos. Pareciera no tener que ver con ilusión y la necesidad equivalentes a aquellas que el país sentía cuando andaba buscando los nuevos y mejores senderos en momentos inmediatamente posteriores al fallecimiento de Gómez. Es más fácil entrar en la ilusión que salir de la desilusión y hoy las circunstancias son otras, cierto. Pero es posible que hoy sí se tenga, no análoga sino mayor necesidad de la ilusión por un país mejor. Sólo que los tiempos en los que se plantea el problema sí que son bien diferentes.

Este fue el escenario que desvelé cuando, por la insistencia

de los primeros alumnos de la escuela de Estudios Políticos me detuve frente al panorama de la historia política de Venezuela y en Hispanoamérica, para encontrar que la actitud moral frente al problema ha sido ineludible. Era la que espontánea y naturalmente tenía que surgir. Pero ella misma es la que ha retrasado el estudio del problema la que ha retrasado el abordaje del personalismo político hispanoamericano como objeto de conocimiento. Épocas de devaluación de la historia política frente a la historia social y económica por una parte, y posición moral a un pasado que no podemos alterar con la ilusión, llevaron a tener oscuras la ruta hasta la década de los 70. Pero no fue la disciplina histórica la que en aquella década asumió el reto de enfrentarse con la necesidad del subconsciente continental. Fue, creo que es obvio, la literatura la que llevó adelante el desafío con el auge de la novela sobre el “dictador” en las obras de García Márquez, Carpentier, Roa Bastos. Uslar Pietri, Martínez, con antecedentes en Valle Inclán y Asturias. Era como si nuestras sociedades no hubieran podido quedarse sin la voluntad de reflexión sobre el drama que seguía poseyéndolas, iluminando desde el arte aquella ruta nefasta de la historia.

También en los 70 se comenzó a hablar de sociedad civil. Ha continuado haciéndose cada vez con más fuerza, hasta llegar a lo que constituye hoy, con

virtudes y vicio, ese clamor. Las razones del caso, igual que en 1938, parecen ser morales. En gran parte morales y genuinas. En otra peligrosa dosis, miméticas e impulsadas por incidencias, tal vez interesada, de factores externos. Por eso el tema y su vigencia son de cuidado, porque habría que tener más claro dónde está lo genuino de esos movimientos que teóricamente merecen nunca una reflexión más intensa.

Volver los ojos atrás, hacia la preocupación de Mijares por el civismo y la sociedad civil, es volver a estar en el requerimiento moral, pero en distintos términos. Ya no se trata del acicate para afrontar con ilusión el nuevo tiempo, como antes expresé. Se trata de encontrar la sana reacción frente a la desilusión de los últimos tiempos que tampoco han conjurado la presencia del personalismo.

Pero hoy nos encontramos sin embargo, con mejores armas frente al problema. Hay una conciencia alerta que puede ser potencialmente más fuerte, sobre todo si se potencian, a su vez unas armas historiográficas más sólidas que ayuden a fortalecer a la conciencia histórica en la historia suceder.

Sí, como suponía Mijares, esa *historia suceder* ha corrido por dos rutas: la del caudillismo –personalismo político, diríamos hoy– que él adversaba, tan intensamente editado por el positivismo, por la “interpretación

pesimista de la sociología hispanoamericana”, y la de la sociedad civil que él comenzó, aislado, a revisar, en términos distintos de los que hoy se manejan, quiere decirse que el desafío de finales del siglo XX está, por partida doble, en un único y doble cometido: entender que el problema de nuestra historia, que el abordaje de la senda oscura sin el temor al que aludía antes, y a la asunción de un propio y autónomo criterio sobre la sociedad civil en un tiempo “global”, “mundial”, está en la historia escrita, en la historia conocimiento, en el conocimiento histórico. En una palabra, en la historiografía.

Es menester conjurar los demonios del pasado los cuales no son otra cosa que la ficción del mito que los nutre en cada sucesivo presente. Mientras no se encuentre respuesta y conveniente salida a las viejas frustraciones y a las que se van acumulando en este interminable suceder. El desaliento del presente cuenta con armas para salir de esa ficción. Mijares mostró, en su momento, las dos rutas: la que nos oscurecía el ánimo, y la que podía generar en aquel tiempo, seguridad e ilusión. Hoy no basta el planteamiento de Mijares, pero su actitud es mucho más que rescatable para estimular a la labor histórica. Ya no se trata de iluminar la senda del civilismo solamente; ya se conoce y es viable; difícilmente viable. Se trata de arrojar luz inteligentemente,

rigurosamente, sobre las dos rutas que han signado este destino, incorporando a la historiografía. Evitando que trabajos como la *Historia de la Primera República* y otros esfuerzos similares se queden tanto tiempo –¡casi sesenta años!– sin llegar a las aulas. Ello así, porque sólo el conocimiento riguroso de la historia, puede llegar a iluminar con claridad esas dos rutas, la fasta y la nefasta que, en resumidas cuentas, son una sola, la que nos deparó el destino. Ante esto sólo cabe, la actitud sana, honesta, responsable, realista de todos los que por sólo existir somos protagonistas de la historia, sujetos a la propia *Geschichte*; la actitud no menos sana, honesta, responsable y realista de una historiografía capaz de proporcionar la conciencia, la seguridad y el sentido de esa propia existencia, sin renegar del pasado, de cara al porvenir. En ambos sentidos, es mucho lo que la reflexión responsable y serena de Augusto Mijares, a un siglo de su nacimiento, puede aún enseñar.

## BIBLIOGRAFÍA

- LARRAZÁBAL, FELIPE 1865. *Vida de Bolívar*, Caracas
- LANGLOISCH.-V.-YCH. SEIGNOBOS. 1913 *Introduction aux études historiques* (1889) Madrid
- MIJARES, AUGUSTO 1952. *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, Madrid Afrodisio Aguado.

MIJARES, SILVIA 1996. *La sociedad civil*, Caracas, Tierra de gracia

PARRA- PÉREZ, CARACCILO 1961 Historia de la Primera República (1939), Academia Nacional de la Historia

PLAZA, HELENA 1996. *La tragedia de una amarga convicción*, Caracas, U.C.V.

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ 1966. *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente.

PEDRO PÁRAMO, MADRID, F.C.E. "Cátedra" Soriano de García-Pelayo, Graciela 1997.

\_\_\_\_\_: "Sociedad civil e incivil en Venezuela", en *Vigencia*

*boy: de Estado y Sociedad*, Caracas, Fundación Manuel García-Pelayo.

RULFO, JUAN, 1963. Pedro Páramo, Madrid, F.C.E. "Cátedra".

SORIANO DE GARCÍA PELAYO, GRACIELA 1997. "Sociedad Civil e incivil en Venezuela", en *Vigencia boy: de Estado y Sociedad*, Caracas, Fundación Manuel García y Pelayo.